

El continente inquieto

(Fragmento del libro *Ñamérica*, de Martín Caparrós¹)

—¿Y si tienen que volver?

—Yo no puedo volver.

—Bueno, si las cosas van mal...

—No, usted no me entendió.

Tecún Umán es un pueblo caliente y chato y feo, casas de un piso o dos, las calles anchas para

1 Martín Caparrós (1957) es escritor. Por mucho tiempo trabajó como periodista. *Ñamérica* fue publicado en 2021.

que el sol entre sin vueltas, un mercado sombrío, una plaza cuidada, su iglesia verde, sus templos, sus farmacias, sus triciclos para llevar personas, y un exceso de casas de cambio: Tecún está al final de Guatemala, acorralada contra un río.

Sobre ese río hay un puente y a cada punta del puente hay una aduana, una oficina de migraciones, policías diversos. En una punta,

Guatemala; en la otra, México. El río se llama Suchiate y, a esa altura tiene unos cien metros de ancho y una corriente fuerte. Muy pocos lo atraviesan por el puente: quinientos metros río arriba, a plena vista de policías y aduaneros, el tráfico de balsas de fortuna entre orilla y orilla nunca para.

—*No me entendió. Lo que le digo es que no puedo volver: yo no*

tengo adónde volver. Atrás no tengo nada.

Tecún Umán —este trozo de río — es uno de los puntos fuertes de las migraciones latinoamericanas. Por aquí pasaron, estos años, las caravanas de migrantes que la prensa hizo —módicamente— famosas: aquí cientos de miles cruzaron el río en busca de otras vidas. Aquellas caravanas convirtieron la movida más

individual —la migración— en un movimiento colectivo, tan político. Con política, entonces, reaccionaron los gobiernos de Estados Unidos y de México: más policías, más exclusión, más represión en las fronteras. Aquí, pese a eso, muchos lo intentan todavía.

—No, no sabemos cómo vamos a hacer. Qué vamos a saber, nosotros.

A él le faltan los dos dientes de adelante; ella tiene la cara redonda y puntiaguda; el bebé duerme y duerme, en su carrito, con el biberón en una mano y una pierna sobre los pasaportes de los tres, azules. Estamos sentados en sillas medio rotas en una especie de aula, paredes despintadas, unos santos y un Cristo en las paredes. Él — ahora, aquí— va a llamarse Jose y tiene 22 años; ella, Mari, 21; el

bebé ya cumplió los diez meses. Jose tiene un bluyín todo rasgado, la camiseta que fue blanca; Mari, un pantalón corto negro y camiseta negra, las zapatillas a punto del desguace; el bebé, una pulsera en la muñeca izquierda para vencer el mal de ojo; los tres —padre, madre, hijo— son salvadoreños. Hasta hace poco él trabajaba en una fábrica de pan en un suburbio de San Salvador; como salía de

madrugada, su patrón le había comprado una moto y se la iba descontando del sueldo. La moto, dice, llamó la atención de unos pandilleros de la Mara 18.

—Entonces un día me mandaron con un niño un teléfono, que querían hablar conmigo, y me empezaron a interrogar que de dónde había sacado la moto. Y yo por miedo les dije la verdad... Al final me dijeron que les tenía que

*dar 75 dólares americanos,
quincenales.*

Era la mitad de su sueldo, dice, y no podía, pero le dijeron que si no les daba esa cantidad se iban «a encargarse de lo que más te duele, tu hijo y tu esposa, tu mujer».

Entonces empezó a pagarles; le mandaban niños a buscar el dinero, él entregaba.

—Pero después no soportamos más estar así. Y no podía decirles a

los policías mire, tales me están extorsionando, porque los mismos policías se lo dicen a ellos, ellos les pagan para eso. Y había muchas balaceras, todo el tiempo había balaceras...

Jose suena intenso pero calmo, como quien ha pensado muchas veces sus palabras, como quien se ha contado su historia muchas veces. Entonces, dice, tomaron la decisión de emigrar, para darle a su

hijo un futuro mejor, y se fueron a Belice, donde los dejaron entrar pero no trabajar, y tuvieron que volver a irse.

—No queríamos violar las leyes de ellos.

Dice Mari, que había estado callada. Y que cruzaron toda Guatemala hasta aquí pidiendo jalones y comida, dice Jose, y que ojalá puedan seguir:

—Yo lo que quiero ahora es llegar a México y estabilizarnos allá, conseguir un trabajo para poder sacar adelante a mi hijo, darle un buen futuro, que el día de mañana sea una buena persona en la vida, que no sea como nosotros, aquí, rodando... Y que no crezca en un lugar de violencia. Los niños son como una esponja, absorben todo...

—¿Y quieren seguir después para Estados Unidos?

Jose mira y me sonrío, como quien dice quién no —pero se calla.

—Adonde Dios nos lleve, donde quiera llevarnos.

Dice su señora. Le pregunto adónde quieren ir en México y Jose me dice que no sabe, que no tiene idea:

—Sinceramente no sé nada.

Vamos... a la nada, a lo que diga

*Dios, que nos prepare, sufrimiento,
no sufrimiento, lo que Él quiera.*

*—¿Pero ahora van a tratar de
cruzar?*

Los dos bajan los ojos, como
quien dice no hagas preguntas
tontas. Yo les pregunto cómo
piensan hacer, que el río no está
fácil.

—No sabemos.

Dicen: no sabemos. Nos
callamos. Jose mira el suelo:

—A veces uno se siente contra la espada y la pared. A veces uno llora porque no sabe cómo va a seguir, uno no sabe...

Dice, y que aquí están, sin saber cómo y dónde seguir, sin un centavo, sin un plan, en la Casa del Migrantes de Tecún Umán.

En la Casa —en todo espacio de migrantes— hay historias de pobreza, de más pobreza, de

parientes lejanos, de violencia familiar, de violencia pandillera, de violencia estatal; lo que las une es que, en estos días, en estos países la migración aparece como la primera o segunda respuestas a los problemas: una opción tentadora para sobreponerse a la desgracia.

O peor: la única opción que se les ocurre para sobre ponerse a la desgracia.